

MANUEL MOLINA

# PROTOCOLO JUBILAR



COLECCION «POEMAS»

41

A

Mi buen amigo  
Fructuoso García Rodríguez  
se dio este libro en las  
visperas de mi jubilación.  
Con un fuerte abrazo de

Mamellolhuia

---

Alicante 3 de Abril de 1982  
Día de la Boda de nuestros  
amigos María Luisa Domínguez  
y Miguel Ángel Cuevas. -

¡VIVA DON GUIDO!

**Dirige la colección «Poemas»  
LUCIANO GRACIA**

© Manuel Molina  
Alicante, 1982

Depósito legal: Z/178-82

I.S.B.N.: 84-300-6427-3

EDITA: Manuel Molina  
Maestro Marqués, 73, 1ª dcha. - Alicante

IMPRIME: LOS SITIOS talleres gráficos  
Avila, 17 - Zaragoza

# PROTOCOLLO JUBILAR



25-23 Nov. 1979

A mi gran  
amigo  
Molina  
García Castells

MANUEL MOLINA

# PROTOCOLO JUBILAR



41

ALICANTE, 1982



Prólogo  
y  
Guiñol de la vida





*Nací en la Orihuela de Teodomiro pero tuve la suerte de pasar mi adolescencia en la Oleza de Gabriel Miró, una fase nueva de mi pueblo, cuyo contraste con la primera fue de una importancia extraordinaria para el mundo cultural de la Vega Baja del río Segura.*

*La Orihuela de Teodomiro era una ciudad hundida en vagas tradiciones sociales y eclesiásticas con místicos reflejos de supersticiones y sombras de glorias pretéritas que pesaban en el aire y en las horas, en las siestas plomizas del estío, y en las húmedas naves varadas de la catedral, en los inviernos del río que lamía los muros de su orilla bordada de barro creciente.*

*Orihuela de Teodomiro era agria y rasposa como de madera seca, sucia y ruinoso como un edificio abandonado.*

*Pero allí mismo, dentro, en la médula del hueso de la urbe, estaba la Oleza de Gabriel Miró, el aroma de una ciudad distinta, perfume y sabor hondo de un pueblo singular. Una ciudad nueva nacía con un nombre: Oleza. Su colón fue el escritor alicantino Gabriel Miró, el artista de la palabra, el creador de un lenguaje nuevo y original. Del verbo mironiano brotó un caudal de riquezas humanas, de ceremonias bellísimas, de templos y palacios resonantes, desconocidos hasta entonces. Oleza tenía una fuente vital incontenible, un alma y una canción en cada esquina. En ella se reflejaba la juventud nueva.*

*Aquella juventud oriolana fue mi escuela de adolescente. Con Carlos Fenoll, Miguel Hernández y Ramón Sijé, aprendí mis primeros versos, mis primeros pasos en la lírica española. Ellos, generosos, me dieron a conocer la belleza, la verdad y la amistad. En mi largo camino de trabajo en la construcción de vías y obras públicas, el recuerdo de estos amigos ha ido siempre conmigo. Fenoll y Hernández fueron mis compañeros en la guerra. Luego,*

*Miguel, en la cárcel, nos dejó para siempre. Después, desde Barcelona, Carlos Fenoll me iluminó con su correspondencia hasta el año 1972, que dejó de existir.*

*Hace medio siglo que escribí un verso por primera vez. He publicado varios libros de recuerdos en prosa y en verso. Soy colaborador de revistas literarias y periódicos. También he conseguido algún premio, y he pronunciado conferencias. Pero mi labor no ha sido nunca profesional. He sido y soy un aficionado a las letras y a las artes. Mi formación es deficiente. Mis estudios escasos e irregulares. Soy un lector empedernido de poesía. Conozco desde Berceo a Blas de Otero.*

*En vísperas de mi jubilación laboral escribo este «Protocolo», que me publica mi amigo Luciano Gracia, poeta e impresor de Zaragoza, varón de noble juicio a quien, desde estas líneas, quiero mostrarle mi gratitud.*

# Memoria

*El recuerdo ha sido —es— una constante en mi vida y en mi obra. Desde la Tahona de mi pueblo a la Biblioteca de hoy, hay un camino de señales afectivas que no puedo olvidar. Desde el horno de Fenoll florece Oleza, el rumor de un río y las alocadas campanas de sus torres de oro, vivísimamente dormidas en un Viernes Santo. Desde la calle\* de Arriba a la vuelta por los puentes he cruzado abrazos y palabras con muchos de los que fueron niños del abecedario inocente.*

*Inclinado a la amistad, desde la infancia, y situado en un campo social intermedio, no distingo entre mis compañeros, al niño pobre del niño rico, y me acomodo muy bien entre los unos y los otros, aunque siempre me atrae más el mundo de los pobres, donde siempre he militado de corazón.*

*He alabado siempre al amigo porque lo he considerado mejor que el otro, que aquél, o aquellos, por los que no he logrado interesarme nunca.*

*Ausente o presente, el amigo siempre cuenta con el eco de mi voz, con el sabor de mi palabra y de mi sentimiento. Mi verso está siempre al servicio de la vida humana, de la vida de los menos favorecidos, de los más necesitados de justicia y de amor.*

*Para todos ellos ha sido mi obra hasta hoy, para todos son mis «Elogios y Elegías» de ahora, escritas con la memoria puesta en lo más entrañable del recuerdo.*

*Esta poesía, si es, es una poesía de pueblo pobre, de pobre humillado, apaleado y sin posible redención. Esta es una poesía escrita al pie del cañón de cada día, del sudor de cada jornada, al frío y al sol de cada hora del trigo, de cada minuto de la herramienta contra la piedra, de los segundos del vino o del amor.*

Estos versos tienen la marca del hambre, la señal del silencio forzoso, el escudo de la esclavitud. Hay un fuego en cada sílaba que ahoga las palabras, que amordaza la oración.

Por el surco de estos versos camina la miseria, pasa la desesperación, se hunde la amargura del hombre. Situaciones extremas de la vida de unas criaturas supervivientes de una catástrofe humana, náufragos de un cataclismo colectivo, cuya huella se siente como una herida mortal. El notario es una de las víctimas del suceso.

Una lluvia de días estériles pasan por estas páginas, se encharcan por la sonora diadema de su húmeda frialdad, por los bordes del diccionario recortado y hueco, por el pozo ciego del tiempo ilimitado.

Empañada la lámina de nuestro ámbito con vahos de odio, vientos de venganza y huracanes de rencor, no era posible reflejarse con cierta claridad. Y hubo que recurrir a las formas barrocas del suplicio español. Retorcer el idioma, doblegar los vocablos hasta conseguir sugerencias que desvelaran la queja y la protesta del sufriente hombre de la calle. Y así quedó constancia de aquel largo dolor.

Mi palabra y mis escritos están esmaltados de nombres propios de amigos y conocidos, de artistas y escritores con quienes comulgo, a quienes admiro y quiero. Me declaro culpable de esta debilidad y pongo en conocimiento de mi posible lector que no pienso rectificar. Amo a la amistad desde mi adolescencia, desde mi barrio oriolano en compañía de los chicos de la calle de Arriba.

Con ellos aprendí un verso vivo, alegre y amargo, sensible como las raíces del hombre entero y verdadero. Humanismo a flor de sombra, sin lenguas muertas, ni guías sabias de seminarios de universidad. Herencia de la sangre y de la voz, del alma que cruza las edades de los padres eternos de la tierra, del pueblo para el pueblo, para el pobre, para la espuma popular, creadora de la verdadera canción pura, canción honda que rubrica un pueblo, que lo identifica en el espacio y en el tiempo, por los siglos de los siglos del ser.

*Un verso sentido e intuitivo, padecido y soñado, nacido del aire, de la música, de la evocación y del amor.*

*Un verso sin escuelas ni maestros ni recursos ajenos a nuestra propia naturaleza. Un verso verdadero como quiero que sea el mío, el que tienes en las manos lector, amigo.*

*De los recuerdos de la guerra civil española, en la que participé desde el año 1936 al 39, no he querido dar cuenta ni razón en mis escritos. Siempre pasé por estos acontecimientos «a uñas de caballo». Porque mi intención, desde un principio, fue olvidarla. Pero las guerras no se olvidan.*

*La guerra civil me apartó del trabajo, de las carreteras que construía mi padre, y me lanzó a otros campos, a la lucha ciega donde llegué soñando. Pensaba en la paz virgiliana de Miró, del que había hablado con mis amigos de Orihuela, con Adolfo Lizón, y más recientemente con Vicente Ramos, recién conocido en la capital de la provincia.*

*Ni el fracaso me despierta. Ni las bombas de Madrid. Ni la aviación de Teruel. Ni la derrota hasta Valencia. Ni los moros, ni los malos cristianos.*

*Atrás quedan unos versos de esperanza. Después, en un intento de recuperar la adolescencia, otras líricas plumas de evasión, de escape hacia un ideal imposible.*

*Poco a poco me despierta el hambre, la miseria que se derrama en el ambiente, el clamor de la casa silenciosa, el odio oculto que borra nombres y hombres del calendario de la vida.*

*De la primera etapa de las posguerra señalo a unos pintores ateos que plasmaban santos a granel por unas pocas pesetas; me acuerdo de demócratas cantando las delicias imperiales bajo el imperio del miedo; y me acuerdo de aquellos otros que renunciaron a seguir viviendo.*

*Volví a la apertura de caminos vecinales, al trabajo para la comunicación campesina, a las breves vías para el paso carril entre pueblo y pueblo. Era una faena de mucho*

*¿Hay en ella una justificación por el lírico?*

*sudor y de poco rendimiento. El jornal era corto y la jornada larga. Los hombres tenían la fuerza justa para no desmayar, para no caerse con la herramienta en la mano. Y aquella tierra, escuálida, pero madre, ayudaba a sobrevivir. Con residuos secos de sus débiles cosechas completábamos nuestros pequeños recursos. Cuando no hacía de capataz de obras públicas me dedicaba a cobrador de recibos de congregaciones religiosas, agente comercial y publicitario, encargado de biblioteca y otros menesteres de ocasión.*

*Con el recuerdo de Miguel Hernández se me fue despertando la afición a escribir versos, pero versos vivos, entrañables.*

*A partir del año 1950 sirvo en una entidad de ahorro. He conocido a muchos plumíferos, he tenido algunos amigos, he publicado varios libros. La correspondencia epistolar ha sido una de mis debilidades. Soy un lector incansable y un melómano incorregible.*

*«PROTOCOLO JUBILAR», es mi despedida del trabajo obligado. El libro, su contenido, es una ceremonia verbal que abarca desde la época primitiva hasta hoy. Es liturgia, letanía, oración, rezo y melopea coral sin acompañamiento ni ataduras de nadie.*



LA MELANCOLÍA.  
ESTAMPA DE ALBRECHT DÜRER.





Ayer se deslizaba por lo bajo  
una quemante llama de silencios,  
de espinas rumorosas que sangraban  
en el centro del alma dolorida.

Ayer quemaba el sueño, la vigilia,  
el sobresalto de la pena alerta,  
el aviso fugaz,  
la sombra, el hueco,  
la palabra silbada con apuros.

Ayer era un pasar sin rumbo fijo,  
a golpes de tambor o de trompeta.

Era un delirio loco,  
una apariencia  
de antorchas y de escudos,  
de música coral con estribillo.

## *(Oda a los falsos)*

Vosotros los ruines, los mediocres,  
los que tenéis el alma carcomida  
por los siete pecados capitales,  
sois dignos de este cuento.

En vuestras voces huecas resplandece  
el vinagre esquelético y mugriento  
de un mísero betún de grasa fría  
para la piel esquiva del gusano.

Sois muertos sin nacer al sol radiante,  
hijos de nadie, padres sin especie,  
sombras sin apariencia, humo en polvo,  
desolados fantasmas sin sonido.

Por vosotros la tierra está podrida  
del mineral estéril de la baba  
que va pringando el aire más reciente  
con su humedad de corcho renegado.

Por vosotros la sangre se desgarrar  
y se envenena el beso de la espiga  
y la ceniza puebla las ciudades  
donde el fuego y el pájaro enmudecen.

Por vosotros, fachadas sin figura,  
cuerpos sin fondo, almas sin espíritu,  
se desmorona el mundo paso a paso,  
escombros arruinados en la mentira.

Sois dignos de ocupar un trono hueco,  
un reinado polar de ciego frío,  
un espacio mortal de indiferencia  
donde nadie recuerde vuestros nombres.

*(Este poema pertenece al libro «Versos en la calle», publicado en Alicante, Col. Silbo, 1955.*

*Los profesores José Muñoz Garrigós y José Guillén García lo incluyeron en su «Antología de Escritores Oriolanos», publicada por el Excmo. Ayuntamiento de Orihuela en el año 1975.*

*El profesor y poeta, Antonio Gracia, publicó en la Revista I.E.A., N.º 30, de Alicante, en el año 1980, una reproducción del poema, estudiando sus particularidades y su función verbal desde el punto de vista de su lectura, sin otras consideraciones personales.*

*Tanto este poema, como todos los incluidos en «Versos en la calle», han sido hasta hoy una isla en mi producción poética. El trabajo de Antonio Gracia, su acierto al descubrir los entresijos metafóricos del poema, las consecuencias que saca de su estudio, me llevaron a reflexionar, a recomponer aquel mundo de donde partió el impulso de su nacimiento. El crítico, con visión de poeta, me volvía a donde yo no había sabido llegar, a donde estaba la fuente de mi palabra vital. Por ello, ahora, en mis vísperas jubilares, ya con la serenidad de todos los ocasos, he pretendido poner de relieve esas interioridades de mi alma, con nuevas versiones, junto a otras facetas de oficio que siempre me ha gustado cultivar.*

*Mi gratitud al poeta amigo, profesor Antonio Gracia.)*

## *Guiñol de la oficina*

Por la oficina van los malandrines,  
los insectos de pelo pegajoso,  
los que tienen la sombra en la mirada  
y la sonrisa oscura y maliciosa.

Arrastrando papeles infectados  
de polillas y pegas, en demandas  
de servicios prestados a la empresa,  
repan los pasillos malolientes.

Son basuras en danza, son pilares  
de la peste pesada y contagiosa,  
de la leprosa pringue que destila  
el pus de las heridas sin remedio.

En el lodo siniestro del residuo  
de la fosa común de su miseria,  
gusanos de su mínima cosecha,  
se hunden en su propia pesadumbre.

## *Un número*

Ni nombre, ni apellido, ni persona.  
Un solo número. Un animal tan solo,  
con un número marcado en las costillas,  
al fuego frío del metal tallado.

Un número nada más, en una selva  
de máquinas y papeles perforados,  
de aritméticos pasos rigurosos  
hasta encerrar la vida en una ficha.

Una unidad de ceros infinitos  
nos recorre la sangre numerosa  
que se esconde en la piel, y es sólo eso,  
un número que taladra el esqueleto.

Ya nos lo dijo aquél, aquel gaseoso  
payaso empresarial, aquel esclavo  
del poder, el pobre hueco,  
el miserable aquel del mando medio.

## *Guiñol de las máscaras*

El pasado fue ayer; bombo y platillo,  
zambomba va y viene la dulzaina,  
que estremece la calle centenaria  
con su rugosa piel de yeso viejo.

El pasado está en pie, salta ligero  
en el betún del día planetario,  
con estrellas al vuelo, con los ecos  
de los tambores hondos de la tarde.

En el disfraz de hoy van las estampas  
de aquel mundo de oro enrojecido  
que danzaba victorias y ofertorios  
a la tierra brillante de promesas.

Evocación de un mundo alucinado  
de batallas, conquistas y banderas  
y pendones de paz y melopeas  
para ascender al coro plenilunio.

Un orfeón con ritmos melódicos  
escalan por la luz, suben al vuelo,  
y de la cresta suma de la ola  
una ovación de voces le consagran.

Cuerpos y sedas van de mano en mano  
descubriendo el secreto de la noche.

## *Guiñol de la ceremonia*

En un silencio hueco  
cuando de pronto un rumor se inicia  
se despierta una luz, se mueve un faro,  
se derrama una niebla como un humo.

Una voz amanece, quedamente  
se dibujan figuras inconcretas,  
se dilatan las sombras, una danza  
se estremece muy lenta y silenciosa.

Aparece el pastor, sus pieles brillan,  
relampaguea el oro, el rojo sangre,  
el manantial de estrellas y cristales  
que florecen espejos a la vista.

Los coristas se suman al despliegue,  
se abren abanicos bajo palios,  
reverencian cabezas desplomadas  
y el órgano suspira melodioso.

El coro vespéral, el coro-masa,  
el espectador feligrés sombrío,  
se arrodilla, se dobla, se repliega  
al último rincón de su pecado.

Martillean los ecos en el templo  
cuando el clamor se sube a la garganta  
y un barroco aluvión de extremidades  
señaliza el final, largo y sin fondo.



## *Guiñol del poder*

### 1

Nuestro señor no admite al subalterno  
que levante los ojos. En su presencia  
el subalterno tiene que inclinarse  
hasta besar el suelo y sus zapatos.

Nuestro señor no escucha. Gesticula,  
abre las aspas de sus brazos finos,  
golpea con rigor la mesa plena  
de papeles que esperan su visado.

Nuestro señor no admite sugerencias,  
ni consideraciones de los otros,  
ni ecos de más voces que no sean  
de su misma cosecha divulgada.

Nuestro señor se sienta rodeado  
de un retablo de enanos paladines  
de su excelsa grandeza, de su mano  
que orienta la batuta hacia la cumbre.

Nuestro señor desprecia al ser humano,  
desprecia al inferior que no se agacha  
ante su majestad y su poderío  
que gobierna y que manda entre los otros.

Negro por dentro es el hombre espada,  
paladín de la horca y el cuchillo,  
que le alarma el aborto y que proclama  
la pena capital como un remedio.

Que defiende el emblema y los cruzados  
de la ciega marcha contra todo,  
hasta imponer la marcha del dominio  
de su doctrina única y completa.

Alabado sea el látigo, el escudo,  
la insignia del verdugo y sus colgajos,  
el florido uniforme y sus medallas  
resplandeciendo al sol de los desfiles.

Reparas en su paso, en sus charoles,  
en su marcial saludo, en su finura,  
en su ejemplar arenga apasionada  
de banderas y bandas y tambores.

Son los santos varones de la causa  
de superiores seres elegidos  
por el divino dátil del supremo  
hacedor de este mundo y de los otros.

## *Guiñol del miedo*

De sombra en sombra voy, de oscuro a oscuro,  
me persiguen las alas de tinieblas,  
los invisibles grises me rodean,  
el helado jazmín me huele a perro.

Paso las calles, soledad siniestra,  
el silencio amenaza desde el eco,  
vibra en el árbol el temor, se siente  
la negra majestad del mar del miedo.

De la temible mano de la prisa  
ruedan raíces en los pies de plomo  
y por la plancha blanda del misterio  
se deslizan los dedos del ahogo.

Se aproximan heraldos pantanosos,  
el cieno se desliza poco a poco  
hasta inundar la luz y los reflejos  
de la tinta común de los periódicos.

Cuando la sangre aprieta, la noticia  
suen a campana mortuoria, suena  
a metralla infernal, a danza loca,  
a clan de los caínes criminales.

## *Guiñol de urgencia*

Este salvaje grito que me sube  
de la garganta seca,  
es el anuncio  
de mi presencia estéril por el mundo.

Hace falta un remedio,  
una llamada, un vértigo que ahonde  
en la central mismísima del látigo  
que flagela mi pecho.

Es urgente  
que se doble la espina planetaria  
donde el fuego se esconde,  
como un peso  
que quisiera evadirse.

Es preciso  
encontrar una ausencia en el vacío  
por donde el verbo pueda desquitarse  
de este silencio gris que lo congela.

Apelo a la verdad que es un testigo  
excepcional en todo este proceso  
de realidad creciente que se apoya  
en la pura mentira.

Recurro al tribunal de los sayones  
para que ellos mismos dictaminen  
sobre el concreto estilo de la farsa.

Solicito detalles leguyescos  
para mover los hilos del tinglado  
de una manera tal, que me haga apto  
para ganar prebendas y concursos.

Necesito la hoguera que dispare  
la atención para mí,  
como ese trueno  
que exprime la embriaguez de los sentidos  
en su fuego más íntimo y desnudo.

Es urgente  
que una ronda de gloria me visite  
como el anillo al dedo de una novia  
rebotante de amor y de optimismo.

## *Guiñol del hombre sombrío*

Este era el hombre sombrío.  
Andaba siempre por los laterales,  
por las esquinas de todos los rincones,  
hundido en su propia oscuridad.

El buscaba, buscaba un resquicio,  
una ventana apenas entreabierta  
para asomarse un poco,  
para verse un poco reflejado  
en el balcón de enfrente.

Y no podía.  
No podía el pobre hombre sombrío  
encontrarse así mismo,  
verse como una lámpara encendida  
—señal de su presencia—  
como una fuente alegre donde alguien  
acudiera a beber,  
como una imagen  
donde el eco de Dios se reflejara.

Pero él intentaba evadirse  
de su destino anónimo,  
y buscaba una puerta,  
una escalera  
que lo aupara a la fama,  
a ese delirio  
donde los hombres crecen como anuncios  
de un producto asombroso.

O quizá solamente apetecía  
un lugar en el circo del aplauso  
como un niño más.  
Y no podía,  
el pobre no podía sostenerse  
en un lugar cualquiera con relieve.

Había de parecer difuminado,  
desvaído en lo gris,  
como la sombra  
de su ceño sin brillo ni hermosura.

## *Guiñol de la torre*

Del tablero hasta el cuadro galopean  
peones de marfil, alfiles niños,  
caballos con las crines en relieve  
avisando a las torres de los fuertes.

La Dama se amuralla en contramuros  
para guardar al Rey de todo evento,  
de todo dedo que señala el claro  
camino de la mar, de la victoria.

Todos se cuadran al tablero, callan,  
meditan al pasar de punta a rabo,  
cuentan las horas y gotean tiempos  
de tanta soledad por las estepas.

Juegan y juegan y se drogan mudos  
en un sin fin de muerte en aparejo,  
caídos por los siglos de los siglos  
hasta el mate final de las sorpresas.



## *Guiñol del moro*

*A José Ramón Clemente*

Desfila la greñuda algarabía  
de los hijos del barro y de la arena  
que ponen en la danza un garabato  
de desnudo esqueleto en suspensivo.

Pasan pisando pálidas estrellas  
de agua en el cristal anochecido,  
y la mueca del ojo es un rasguño  
en el cielo profundo del misterio.

Otras negruras sobre la piel se visten  
de brillos de betún acharolado  
y en el sudor se bañan unos ojos  
consumidos del sol por el desierto.

Otras pinturas dan  
al verde frío,  
al blanco y al azul y al amarillo,  
un hueco seco de diamante en bruto,  
que corona la fiesta en lentejuelas.

Por las antiguas sendas del estío  
donde se ahoga el agua de Auriola  
la morisma rebrota,  
es una estampa  
nacida de la siesta de este pueblo.

## *Guiñol de la feria*

Hay un clavel —Valencia— en cada esquina  
y mayo se despierta en la mañana  
entre sedas azules y muchachas  
de terciopelo blanco estremecido.

La verbena del libro está en la Lonja.  
Allí en el rosa—verde—anaranjado  
como un arco iris en oro puro  
y una luz de cristal y pan moreno.

Bulle la hormiga del gentío núbil  
y el tejido resbala por las formas  
de emiferios y ánforas repletas  
de la fruta vital de las caricias.

Entre lunas y soles hay estrellas  
de femeninos gestos invertidos  
que ponen una rúbrica inconcreta  
en el aire payaso del paisaje.

En la humedad feliz del fiel crepúsculo  
se dispersa el ganado, y los olores,  
el galán de la noche y el Don diego  
impregnan de emoción la despedida.

## *Guiñol del mercado*

Un guirigay de bultos y petates  
se aprieta entre aceitunas y pescados  
y del rabo del apio y la cebolla  
se escapa un cinturón de terciopelo.

Un adoquín de húmedo brillante  
se empina por el pie de doble espina  
y de la cuerda floja del pimiento  
se desliza una mano temblorosa.

Se van al baile pollos desplumados  
y de los picos pardos del cabrito  
amanece una flor de rosa fría  
que se estampa en la carne del cordero.

Del blanco manantial de delantales  
—claros varones, relucientes hembras—  
danzan en el procenio de los puestos,  
con todo el orfeón como testigo,  
el grito vendedor de la hortaliza.

## *Guiñol del fuego*

Brillos violentos  
bajo el viento duro  
de una empinada sombra  
que se hunde  
en el fondo del mar;

Ala dorada  
que recuerda a la sangre  
cuando sube  
del caudal de una herida  
o manantial de un cuerpo  
cuando cae.

Doblada espada  
que vibrando vive  
en la rama del humo  
y se desprende  
del aire que la eleva  
y la derriba.

Danza de nubes  
que ruborizan noches  
o montañas,  
o muchachas morenas  
que despiertan  
pálidas como el sol  
en las auroras.

## *Guiñol de la danza*

Se estremece la cuerda,  
rueda la espuma,  
el aire tiene alas  
que bien dibuja.

Brisa que vuela,  
por la orilla del alba  
que parpadea.

De la seda se sale  
la serpentina,  
el dorado brillante  
de la salina.

Rama doblada,  
que se sube y se baja  
como una espada.

La música es delirio  
de terciopelo,  
que se dobla y se arruga  
como un pañuelo.

Música y danza,  
que dibuja la fiebre  
de la esperanza.

Mezcla



## *Esto*

La piedra, la palabra, el barro del lenguaje,  
la voz caída y floja del flaco entendimiento,  
el sello que se queda flotando por el viento,  
impreso en la figura, rodando por el traje.

La música del tiempo, el aire del paisaje,  
la luz cansada y fría del hondo sentimiento,  
el templo del sonido hundido en su cimiento,  
el ala de la noche moviendo su oleaje.

El verso, la madera, el hierro modelado,  
la mano que señala el lugar deseado,  
expresan el momento de la pura emoción.

El canto del silencio que nace del abismo  
es la honda llamada de Dios, es el bautismo  
que cruza por la sangre y llega al corazón.



## *Antes y después*

Uno a veces escribe con la miel del silencio  
rodeándole el labio con su llama ardorosa,  
y otras veces escucha un rumor de colmena  
caldeando su frente con países extraños.

Uno quiere olvidarse de que el mundo está triste  
porque viejas raíces se consumen de tedio,  
porque ya no es posible el milagro inocente  
de unos ojos que sueñan el amor de otros ojos.

Porque el mundo está triste de saber demasiado  
de que el fuego es el humo, la ceniza y el viento,  
de que todo es presente descarnado y sin plumas,  
sin reliquias guardadas al calor de los pechos.

Uno quiere olvidarse y al recuerdo se entrega  
de ese dulce pasado que en el alma rebrota,  
y nos da la primicia de un mañana sin nubes,  
pasarela infinita hacia Dios remotísimo.

Uno guarda las hojas de ese álbum dorado  
donde notas sin fechas registraron los besos,  
donde versos pomposos ilustraron la ausencia  
de este torpe delirio que nos cruje en las sienas.

Uno sabe que sueña, uno sabe que miente,  
—porque toda palabra pronunciada se pudre—  
pero quiere curarse de esta llaga sin fondo  
que malogra la dicha de sentirse en la tierra.

## *Memorial del júbilo*

Como en aquel Otoño  
adolescente, de aquel  
Octubre del cuarenta  
cuando la paz aquella  
de muerte y de amargura,  
nos ahogaba  
en plena juventud.

Crujía el papel, la hoja  
en la página oscura  
de la mañana.  
Y el aire al mediodía  
se quedaba mudo,  
sin nada  
que llevarse a la boca.

Atardecía  
con una esperanza clandestina.

Joven tardío y viejo prematuro  
he llegado al final de la carrera  
sin saber el sabor que amaneciera  
antes de este horizonte tan oscuro.

Sin pasado, presente ni futuro  
agoto la esperanza con la espera  
de un soplo de ilusión que mantuviera  
este edificio pobre e inseguro.

Nada me incita, nada me conmueve,  
hoy que el invierno levemente llueve  
el recuerdo infecundo de mi vida.

Y paso por pasar entre la gente  
siguiendo la costumbre o la corriente,  
por mi calle sin sol y sin salida.

Semilla, estiércol soy, soy diferente  
a la nada que brota de mi mismo,  
soy un algo que nace del abismo  
donde todo es misterio simplemente.

En contra o a favor de la corriente,  
con la vida o la muerte, sello y firmo  
mi corazón de lumbre en el bautismo  
del alma que me arrastra en su pendiente.

Simiente soy de un fruto que no aflora,  
estiércol de una tierra sin semilla,  
sin sustento al final de la jornada.

Voy sin saber si vengo y dónde mora  
la gracia de lograr la maravilla  
de una cosecha a punto sazónada.

## *Ciudad evocada*

Subiendo por la sombra de los árboles  
oscuros de tan verdes, de tan verdes antiguos  
en la soledad azul

de primavera eterna

está la tierra  
roja, el amarillo barro, la cocida cerámica floreada  
con dibujos de santos, de Papas redimidos por el arte  
está la casa vegetal, cercada, vedada al apetito ajeno,  
hurtada al ojo, pero no al oído del poeta  
que escucha por la tarde  
el canto del regreso  
el milagro del ritmo que sube y baja hasta el ocaso  
del llanto musical

en el recuerdo de Juan Gil-Albert,  
de su memoria

la piedra allí

la piedra bendecida  
por el canto coral de los vecinos

años tras años

ayer y hoy

mañana tras mañana  
con el gallo triunfal de las raíces

desde la cresta

gris de ese castillo

que se convierte en miel al mediodía  
y luna por la tarde

en media luna  
en el espejo claro de tu nombre

de Xátiva floral

alta y suave,

con tu nombre, Gabriel, con tu apellido.

## *Mar del miedo*

### I

Me declaro culpable.  
De buena fe pequé por ignorancia,  
por creer en los hombres de mi pueblo  
cuando hablaban de paz y de justicia.

Creí que la verdad de cada uno  
era verdad de Dios,  
y por lo tanto  
había que aceptarla sin remedio.

Confié en las palabras.  
Anduve por la tierra desarmado  
respirando tranquilo ante la furia.  
Nadie advirtió mis buenas intenciones.

Anduve absorto y mudo por el tráfico  
de multitud de calles subrayadas  
por ojos de cristal multicolores,  
por señales de mando imperativo.

Con embriaguez de espacio sin el tiempo  
gocé de mis ausencias reflejadas  
en el fugaz espejo de las gentes  
sedientas de beberse las aceras.

Me detuve en las amplias avenidas  
por donde el río rueda a más locura,  
a contemplar los árboles lejanos  
dorando al sol sus hojas de ceniza.

Era mi isla paz en torbellino  
de relucientes lunas esmaltadas

con todas las lujurias de los lujos  
que encienden los faroles de la envidia.

Era mi corazón como un remanso  
en medio de una guerra de apetitos,  
de vendedores secos como autómatas  
o doncellas desnudas bajo velos.

Un aroma de vicio se expandía  
por el aire menudo del ambiente,  
y de los muelles nidos de metales  
un sabor a pecado sin motivo.

Se palpaba la fiebre conseguida  
a fuerza de artificios combinados  
con el tedio absoluto de la sangre  
que no tiene una urgencia de verdades.

Era en verdad un milagro ver el cielo  
tan sereno allá arriba y tan manso  
como la luz del sol que reflejaba  
la vejez prematura de la urbe.

Yo andaba —como digo— muy despacio,  
encantado de ver la olla hirviente  
de este mundo menor que me envolvía  
como la llama roja de un incendio.

Yo recordaba el campo de mi infancia,  
el vello azul-celeste de los trigos  
a poco de nacer, la tierra blanda  
señalando mis pasos cada día.

Yo recordaba aquel perfume vivo  
del monte vegetal que se iba abriendo  
a fuerza de sudor, pólvora y pico,  
para el camino aquel entre dos pueblos.

Nunca pensé que pudo ser pecado  
pasar por este mundo sin malicia.  
Mas si esto es delito  
me declaro culpable.

## II

Tuve miedo, Señor, desde pequeño.  
Miedo al dolor, al prójimo, al vecino;  
al diario rodar de las edades.

Le dañaban las sombras, las esquinas,  
las paredes desnudas de la tarde  
cuando el sol reflejaba el agua muda.

Le asombraban las puertas, las ventanas  
y esas cortinas que se quedan quietas  
cuando suenan despacio las campanas.

Pasaba los pasillos con cuidado,  
esperando encontrar a cada paso  
la mano que cerrara su camino.

El Instituto entero lo atraía  
como un imán de pájaros veloces  
que fueran sobre el mar, al paraíso.

Amaba a un profesor de Geografía  
que tenía una voz de terciopelo  
con un perfume igual a una caricia.

Pronto cesó la luna de la infancia  
y vino aquel rodar de las raíces  
por el campo reseco del trabajo.

Se endurecía el sol sobre la espiga  
y el viento levantaba una marea  
de polvo que cerraba el horizonte.



(Las plumas, los papeles, las pizarras  
se borran del mapa de este niño  
para siempre jamás mientras viviese.)

Estaba allí la piedra levantada,  
estaba allí la pólvora y el hierro  
y también el sudor como una estatua.

Luego la guerra, la emoción de muerte  
que cercaba los campos y los pueblos  
por todos los rincones de la angustia.

Los árboles caen de rodillas  
al pie de los cañones embriagados  
por un vino de fuego enloquecido.

Otra vez era el miedo una montaña  
a punto de caer sobre los hombros  
de aquellos que se hundían en la tierra.

Se cruzaron las vidas y los ríos  
con la sangre final de una jornada,  
y una estación sin tren y un puente roto  
y un volcán con el humo a media asta.

Después la paz, la tierra fatigada  
de parir y parir tanta cosecha  
para nutrir los cuerpos derrotados.

Regresaron los álamos al río,  
los pájaros al sol de la mañana  
y el sabor a su fruto verdadero.

Llegaron los jardines y los niños  
a ponerle al paisaje la ternura  
que necesita el mundo de los vivos.

También llegó el otoño de las hojas  
a repetir la historia cotidiana  
para siempre jamás, mientras se vive.

(1962)

Vencidas, vencedoras, las banderas,  
todas señales de hombres primitivos,  
de personas cautivas, de cautivos  
rodeados de sangre y de fronteras.

Volando van del trigo hasta las eras  
los caballos del viento sin estribos,  
y se suben al monte, a los olivos,  
a los bosques oscuros y a las fieras.

Cruzando el sol, de parte a parte, el día  
tiene la tierra única en su mano  
y la desnuda plenitud del mundo.

Con un nudo de amor y de alegría  
en todo el continente de lo humano  
que hermana lo más puro y más profundo.

## *Breve sinfonía erótica*

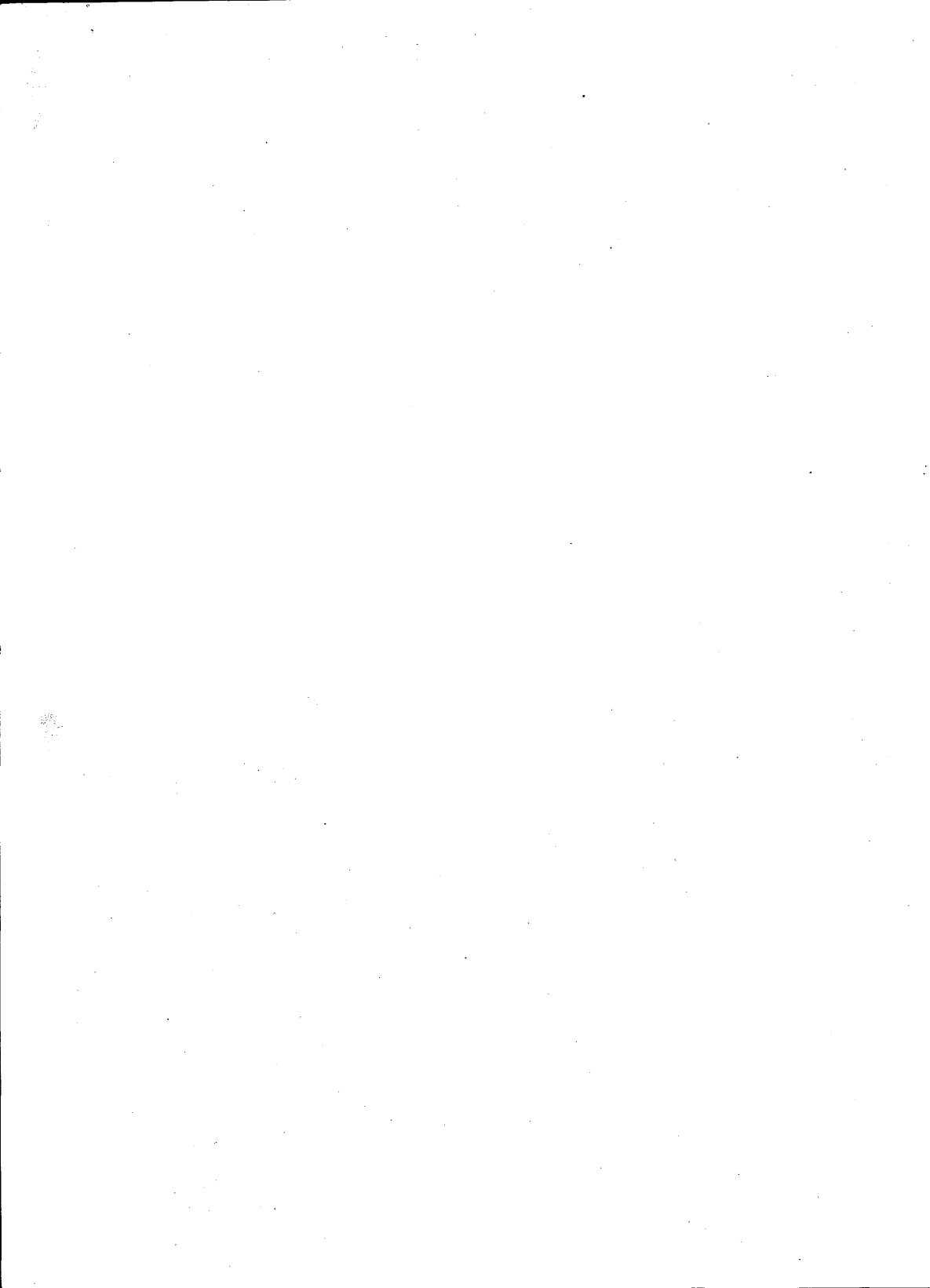
Tu voz tiene una miel de terciopelo  
que se ondula en la lengua deseada  
y tiene una dulzura enamorada  
que suena cual la seda de un pañuelo.

Tu mirada es un ala, es un yuelo  
que se queda prendida y extasiada  
en la misma raíz de tu mirada  
que baja por la sombra de tu pelo.

Por la sombra de luz, desnuda brilla  
la paloma rosada de tu pecho  
que se hace volcán dentro del fuego.

Y luego entre cintura y la rodilla  
el muslo de perfil vibra derecho  
acariciando el centro mudo y ciego.

# Elogios



Intento decir algo que no suene a cobarde,  
que no suene a uniforme igual que tanta cosa  
—moneda fraccionaria de un capital muy pobre—  
intento decir algo de lo mucho que pasa.

En un lugar cualquiera del mundo se agiganta  
el falso testimonio de un hombre sin fronteras,  
prejuicios insondables le minan los cimientos  
y el miedo a su fantasma le tiene sumergido.

Los hijos de la angustia se mueren poco a poco,  
los moribundos labios del pan ya no apetecen,  
los agrios comensales estiran sus palabras  
para alabar el vino que a sangre mustia sabe.

Funcionarios de estopa blandamente resecos  
—rasurada la barba, rasurado el bolsillo—  
con los ojos impactos de sorpresas menudas,  
amontonan los días esperando la nómina.

Calendario cautivo del quehacer cotidiano:  
a las nueve la firma, a las diez el almuerzo;  
un vistazo a la niña de los ojos de tigre,  
ojeada a la prensa. Pronto suena la hora.

Por la calle se escucha las palabras de siempre:  
el extremo derecha y los medios volantes,  
aquel bigote oscuro que no estampó la firma,  
y la tabla y los puntos en su casa y la nuestra.

Mientras tanto la casa que habitamos se enfría,  
se entumescen las piedras sin contactos humanos,  
se congrega la mugre por las cuatro ventanas  
y un sabor a vacío tristemente se fija.

El hogar ya no existe, la familia se esfuma,  
apiñados extraños se retuercen de rabia  
en espacios estrechos de ladinos recelos  
que le muerden el rabo a la bestia primaria.

Qué coraje de espuma sin valor se levanta  
por la noble saliva que dispara la hombría,  
qué coraje rebelde e impotente se estrella  
en el duro silencio de la tierra remota.

Pero el hombre es pequeño; su valor se desploma;  
en sus águilas manos la serpiente se enrosca,  
y se hunde en el polvo de su flaca existencia,  
y se calla y se muerde como un perro cualquiera.

## *El barro de la vega*

### I

Quando se moja el aire, cuando sube  
el claro humo de la tierra blanda,  
un aroma de luz cruza el espacio  
donde habita la paz de la cosecha.

Una niebla de río azulea  
por la dormida calma de las hojas.

Doblando las esquinas de los árboles,  
andando por la sombra y por la senda  
donde se miran verdes milagrosos,  
se palpa la emoción de Adán y Eva.

Aquí la primavera se hace jugo  
y noticia verdad de su presencia.

Si al ritmo musical de la mañana  
escalas cuando el sol rueda en lo alto  
con su humedad de flor que resplandece  
por la pradera azul de lo infinito,  
una sonrisa larga como un río  
te cruzará la piel de parte a parte.

«Por el camino aquel, donde se iba  
a sentirse el origen de uno mismo,  
a ver la tierra donde el barro crece  
igual que ayer, lo mismo que mañana.»



## II

Picoteando agrios menesteres  
se aproximó al bancal de sus raíces  
donde sudó su sangre del cansancio  
de tanta edad perdida por el polvo,  
queriendo recordar la voz, el eco  
de aquella soledad sin esperanzas.

Pero el silencio pudo más que aquello  
que punteaba el tiempo y el espacio  
donde se ahoga un pez al mediodía  
con todo el firmamento por testigo.

Ahora ya no era aquella lumbre  
donde la infancia ardía de alborozo  
ni el pan aquel tenía la corteza  
de tan dorado abril en su semblante.

Una tibieza gris lo plateaba  
como una flor caída a media asta.

La tarde era un limón que oscurecía  
sin llegar al maduro verde oscuro  
de su recio perfil, y por sus grietas  
lagrimeaba húmedo el rocío  
anticipando sombras de una noche  
con su pálida luna por el centro.

### III

Una hebra de luz adolescente  
madrugaba en el fondo de su nido  
cuando salió del sueño, del espacio,  
a la mañana nueva de la vida.

Un orfeón de pájaros silvestres  
descorchaban la copa de los árboles.

Cabeceaba el agua en las azarbes  
con un rumor de fiera acorralada  
y mientras que la sed daba en la boca  
se espumaba la alfombra de los huertos.

Era una boda tierna como un beso  
de inocente varón y su pareja.

## *Memorial de la madre*

Cuando veo pasar la vega, el trigo,  
el pan que tú mimabas como a un niño,  
la tierra que fue origen de tu cuna,

el río y el rebaño por la orilla  
de la verdosa acequia maloliente,  
junto al cañaverol, en amarillo,

y la noria y el agua molinera,  
el huerto del limón, de la naranja,  
de la suprema ubre de la tierra,

que daba para tantos, y tan poco  
dió para tí —necesitando menos—  
sólo colmaba el hambre de tu cuna,

no puedo reprimir la ira, el diente  
que quisiera morder la sucesiva  
cadena que te ahogó desde el principio.

Cuando veo la flor, el fuego, el aire  
alegrar los cabellos de la infancia  
en el jardín de todas las ciudades,

y me acuerdo de tí que no supiste  
el gozo de reír con un juguete,  
ni de estrenar un traje en primavera,

no me puedo olvidar de la pobreza  
y me uno al dolor de nuestra herencia  
con todo el corazón, eternamente.

## *Primavera de pueblo*

Casa cansada de poblado, casa  
con yedras trepadoras y mellizas  
que van de grieta en grieta a los balcones  
donde están las macetas florecidas.

Casa caída de la plaza antigua,  
silencio vegetal del musgo frío,  
como un jardín sin rejas se contempla  
tu renacer de lluvia o de caricia.

Por la calle Mayor, por la más chica  
empedrada de cherol del río  
hay un aroma de sabor lejano  
que se prende en los labios de la gente  
pulimentando el aire de sonrisas.

Casas de pueblo con las tapias bajas  
como cuartel de abejas en reposo,  
por el incienso azul de tus espacios  
se levantan de amor las rosas nuevas.

Pueblo en el campo rodeado y solo  
ante el imán inmenso de la tierra.

## *Estampa de primavera*

Primavera, perfil de la hermosura,  
alas de almendro sobre el aire puro,  
azules sobre el mar y verde puro  
en la tierra que aclara su figura.

Brisa del palmeral, por su estatura  
de adolescente tierno e inseguro  
va la mirada, su rubor futuro  
por el amor de toda criatura. ◊

Lavada cara de la luz, estrena  
de la gracia que todo lo serena  
en una paz que duerme en el paisaje.

Pájaro para la flor, pájaro pío  
que sale de su árbol, de su frío  
para llenar de música el lenguaje.

Primavera, país inmaculado  
donde la vida vuelve emocionada  
a ver cada color, su nombre, cada  
lugar de tierra donde está sembrado.

## *Parábolas personales*

Nosotros los incultos, herederos  
de la ignorancia anónima del pueblo,  
hemos de predicar nuestros esfuerzos  
para poder hablar humildemente.

Hemos sacado a golpes la herramienta  
de la pobre cantera cotidiana,  
y del decir vulgar de nuestras gentes  
vamos edificando la palabra.

Nunca una mano sabia puso el gesto  
de la ciencia aplicada cada día  
a levantar ideas, claridades,  
entre los elegidos del destino.

Nadie nos enseñó —al despertarnos—  
el orden matemático del tiempo,  
el método verbal de cada estrofa,  
ni supimos jamás de la gramática.

La calle y el sudor fue nuestro oficio.  
Por los libros cogidos a hurtadillas  
aprendimos a leer escasamente,  
a distinguir lo blanco de lo negro.

Con un pobre maestro casi ciego,  
raído de miserias y pupitres,  
aprendimos a dar los buenos días  
cuando un rico pasaba ante nosotros.

Supimos que existían Catedrales,  
y Bibliotecas Públicas enormes  
y cátedras de sabios profesores  
con el saber más alto que las nubes.

Tuvimos referencias de que habían  
Institutos, Escuelas Especiales,  
Facultades, y cursos y carreras  
que otros hombres de clases poseían.

Era de ley seguir analfabetos,  
como fueron también los ascendientes  
de los nuestros en todas las edades,  
desde que el fuerte pudo con el flojo.

La inteligencia era patrimonio  
de los amos del mundo, y era inútil  
intentar demostrar que nuestra sangre  
era tan clara como el agua de ellos.

Con un yugo cualquiera, con un yunque,  
con un martillo, azada, pico o pala,  
con un papel de tierra por delante  
es suficiente para ahogar un alma.

Si acaso un garabato como firma  
para cumplir legal una sentencia  
de vida moribunda, entre sus manos  
que exprimen hasta el fin nuestra agonía.

Y así, de siglo en siglo, hasta el presente  
que dejó este dolor mal expresado  
en la página tal, de cual volumen,  
donde nadie se acerca a su consulta.

Nosotros los incultos, herederos  
de la ignorancia anónima del pueblo,  
hemos de contemplar cómo los sabios  
se dedican a dar gato por liebre.

Si dejo caer este fantasma sobre el papel  
y de una vez para siempre digo  
todo el suceso de una vida  
tan semejante a muchas,  
es posible que la salud vuelva a reinar  
en mi corazón, y la alegría, y esa paz  
que es patrimonio de toda inquietud  
sabiamente llevada.

Si me decido hablar, si me decido  
a enumerar los hechos, a señalar  
los sitios, los lugares; si nombro  
a los míos, si recuerdo la historia  
que me ha traído aquí;  
entonces  
es posible que vuelva a ver claro,  
a mirar con serenidad esta batalla  
que se desarrolla dentro de cada cual,  
fuera de todos, en esta fecha inicial  
del año mil novecientos ochenta.

(Vivimos una época no apta  
para menores mentales,  
florecente para pequeños burgueses  
inclinados  
a dejarse mecer por la corriente.  
Quisiera recordar,  
fijar la imagen del retablo hogareño,  
de aquellos pobres seres sin sentido  
que lloraban la vida  
adorando a los amos,



repitiendo sus gestos, sus palabras  
con perfume de incienso y de pureza.

Era la infancia,  
la promesa incierta  
de un porvenir cuajado de mentiras.  
Un irse reflejando poco a poco  
en el barro siniestro  
donde la edad del hombre se consume  
sin sueño y sin frontera.)

Es posible que vuelva a recordar  
para el futuro  
el alma de las cosas diminutas  
que pasaron volando por mi frente.  
Recuerdo que era un pueblo.  
(Los pueblos amontonan sus ruinas  
entre el polvo y el lodo de la historia.  
Por la memoria gris de los caminos  
hay un aroma de dolor que tiembla.)

En un fugaz estado de conciencia  
se levanta una imagen por el centro  
y un cuadro semejante a tantos otros  
de aquellos, los que fueron mis amigos.  
Sus manos tienen huellas de martillos,  
de azadones y picos  
y otras herramientas que deforman  
su fiel arquitectura.

Sus ojos tienen sed de lluvias mansas,  
de fuentes y riberas  
donde el aire se acuesta entre la yerba  
igual como el rocío.  
Ellos animan, tenues, el paisaje  
del campo y de la aldea  
y dejan el silencio a media asta  
en los viejos bancales.  
Por las calles dormidas pasan serios  
con la humedad escondida en su miseria  
y dudan en las sombras, en los huecos  
de las puertas oscuras.

Yo era un niño como aquel, un niño  
perdido en el paisaje,  
un niño que nació por la costumbre  
de esperar la esperanza.

Este niño nació de un miedo antiguo  
como nacen los otros,  
esperando encontrar una salida  
al problema infinito.

(El siglo de la sangre fue su cuna,  
la savia y la raíz de su despensa  
y en el calor humano fue creciendo  
fiel al origen que le dio la vida.)

Si me preocupo ahora de los nervios  
y temo por la vida y por la muerte,  
es porque fui un esclavo de pequeño.

Porque sentí la sangre creadora,  
la sangre de la madre,  
sus raíces  
temblar todas las noches de la vida,  
alimentar el miedo de las horas,  
las sombras del futuro más cercano  
con presagios de nubes y tormentas.

Era la huerta ubérrima  
el sostén de sus pasos  
entre la piel de esparto verde oliva  
y el percal heredado de la abuela.  
Era el hogar de barro, caña y manto  
de yerba mal cosida  
por el sol infernal del sur rabioso.

Era el viento una lengua infatigable  
que destrozaba el nido  
y enseñaba sus dientes salteados  
por todas las ventanas imprevistas.  
Era el frío tenaz bajo la carne,  
sin vino ni posada,  
navegando los cuerpos como frágiles  
veleros del vacío.

Y también el calor, horno repleto  
de fatigas sudadas,  
destrozando pulmones sin aliento  
de edificios sin sangre.

# Elegías



## *Historial del tiempo*

Una revolución de sombras  
se estremece  
dentro del corazón  
de cada día  
del hombre.  
Tiembla un violín  
extraño  
por el pecho  
y sube  
por la sangre  
muy despacio  
y baja alborotado  
como un rumor que crece.  
Entre las olas blancas  
de la brisa  
llora  
una humedad de flor,  
como un suspiro  
que se pierde a lo lejos.  
Es la noticia.  
Sus flecos  
desangelados,  
flácidos,  
con sus ecos de nieve.

Sombra y penumbra de la luz oscura  
disfrazando de blanco el amarillo  
y dejando el color sólo en el brillo  
de una silueta escasa y sin figura.

Imagen sin pintar de la pintura.  
Impresión de lo claro y lo sencillo.  
Soplo de luz, corola sin anillo,  
resumen de una nítida finura.

Signo, señal suave, marca, huella  
del surco que amanece y que declina  
en el último ocaso insatisfecho.

Salto mortal, disparo que se estrella  
por el paisaje llano y la colina  
hasta la cumbre alta, hasta el techo.

## *La pesadilla*

Larga como un día sin fin,  
como una noche eterna  
que se hunde en la oscuridad,  
como una tierra estéril  
fue el camino hacia la esperanza.

Todo eran límites  
y puertas cerradas  
para la luz.

No era posible  
ni imaginar siquiera  
liberarnos del peso  
del abismo.

Pesaban los siglos  
de la oscuridad  
en los huesos paternos.

Ciegos los segundos,  
los respiros, todo.



## *Cruz en el pecho*

*a D. Miguel de Unamuno*

Clavada en alma y piel, tu cruz fulgura  
como un hierro de sangre al rojo vivo,  
ardiendo sin cesar como un olivo,  
como un óleo de fe que no madura.

Parábola sin par, palabra pura  
la que te dio tu alma de cautivo,  
tu libertad de hombre primitivo  
alzando en el desierto su estatura.

Tu cruz de soledad como una espina  
entre pecho y espalda, cruz divina  
minando el corazón y la cabeza.

Unamuno de todo un mundo entero,  
Miguel sin fin, eterno y verdadero,  
que camina hacia Dios por la belleza.

## *Antonio Machado, ahora*

Una señal de piedra y tu recuerdo  
—cien años hace ya que Andalucía  
te vio llorar con lágrimas alegres—  
de Sevilla a Collioure  
por un camino  
de canciones y sueños  
de palabras sencillas  
y doradas  
con el color del día que discurre.  
Y qué lección de amor  
de claridades  
de ser verdad en belleza profundísima  
por el valor eternas.  
Ha pasado tu luz  
por tanta sombra  
por tanto estúpido  
renegado y ciego  
que te quiso ignorar  
que ya se sabe  
lo sabe el mar el campo  
y sus raíces  
que eres sol de la infancia  
claridad del ocaso  
supremo don de senda  
que no acaba  
como Abel como Juan  
como la gente  
que tiene el pan de Dios  
en sangre viva.

## *A Celia Viñas Olivella*

La muerte los escoge entre los buenos  
y tú eras mejor que una mañana  
rezumante de miel por todas partes.

Recuerdo el mar brillante de Almería  
y aquella Cataluña de tu luna  
y la isla dorada de tus sueños.

De mar a mar andabas por las venas  
como una adolescente nave abierta  
a todo el horizonte de la gracia.

Eras de ayer, de hoy, y eras de siempre,  
de juventud total, plena de vida,  
rebotante de amor y de entusiasmo.

Sabia, inocente y clara como el agua  
que amanece rotunda de la piedra,  
llegaste victoriosa a tu destino.

El paisaje verbal de tu sonrisa  
maravillaba el aire que envolvía  
tu actividad de pájaro en el éxtasis.

Profesora de niñas maternas,  
de donceles amantes sin saberlo,  
con la página intacta de su historia,

deambulabas por versos y leyendas  
de la estirpe sagrada de este pueblo  
que amamanta varones ideales.

Dabas lección de fe, y en cada estrofa,  
tu voz de tierra roja y trabajada  
dejaba un eco hondo y sin fronteras.

Eras eterna en vida porque dabas  
la impronta de tu ser y en cada letra  
el sello inconfundible de tu esencia.

Fiel a ti misma, siempre, en cada instante  
tu corazón mandaba sus legiones  
a conquistar la gracia y la alegría.

Almería te supo floreciente  
por todos sus caminos descubriendo  
mares de luz, de hierbas olorosas,

de promesas de ayer y de mañana,  
entre piedras antiguas y recientes  
o remotas culturas, o salvajes

alaridos del tiempo que te daban  
delicada materia sustanciosa  
para el fluir gustoso de tu verso.

Almería te supo, supo el cántico  
de tu pasión de amor por la belleza,  
de tu entrega total a la hermosura.

Un andaluz te puso ante los ojos,  
y una ronda de niños angelados  
glorificando el ámbito del mundo.

Un eslabón de oro, una cadena  
de servidumbre fértil como un grano,  
como un trigo que brota milagroso

para la gran cosecha de los besos.  
Un racimo de uvas, una lluvia  
de racimos de amor como corona.

Almería te supo y te sentía  
como un regalo íntimo y tan suyo,  
que te sembró en su tierra para siempre.

## *El nombre de la madre*

En un rincón cualquiera de la tierra  
está el lugar que entraña nuestra sangre;  
de la matriz al labio que pronuncia  
el nombre de la madre.

En el corcel del tiempo, galopando,  
pasan las estaciones virginales  
y cruzan los relámpagos, los besos  
las señas maternas.

Una mano acaricia nuestra frente,  
una voz, unos ojos muy suaves,  
un aroma glorioso que penetra  
la estrella más distante.

Se acumula el dolor en las esquinas  
borrando la distancia y el paisaje,  
levantando la cumbre de la pena,  
el llanto de la tarde.

Se quiebra la emoción como una rama  
que divida la vida en dos mitades,  
donde el ayer es dulce como un fruto  
y el hoy a nada sabe.

Entre todos los nombres de la tierra,  
cosecha elemental, flor del lenguaje,  
es breve y musical el que pronuncia,  
el nombre de la madre.

## *Emilio Varela*

*(A José Bauza, que tan bien ha visto  
al pintor de Alicante)*

Pluma y pincel, la mágica expresiva  
de la tierra natal, alicantina,  
dieron calor y lumbre matutina,  
a este candor de fiebre siempre viva.

La luz entre la piedra está cautiva.  
La piedra es una joya diamantina.  
En el mar reflejada una colina  
se alza por el cielo y más arriba.

Más arriba la flor, el aire, el viento,  
la blanca espuma del almendro leve,  
escalonando el valle y el aliento.

Y en el paisaje azul un mundo breve,  
un mundo de dulzura y de contento,  
a punto de volar, y no se atreve.

## *A Francisco Pérez Pizarro*

### I

Decirte mi recuerdo, Paco, amigo,  
presencia y corazón nunca olvidado,  
es escuchar la música a tu lado  
y ser de tu emoción mudo testigo.

Hablarte del ayer, del hoy que sigo  
buscando aquel camino atormentado,  
es mirar en un lienzo no pintado  
una puerta sin casa y sin abrigo.

Una balsa silvestre entre dos luces,  
un Cristo malherido en varias cruces  
y una niña de oro —sol de pena—.

Abstraído en el caos de los colores  
te dejaste llevar con mil dolores  
por un mar de silencio sin arena.



## II

Cuando se dan la mano el mar y el viento  
y van de ola en ola, de ala en ala,  
tu espíritu de luz, brillante exhala  
la flor de un escondido pensamiento.

Vas del amor más puro al sentimiento  
que en lo hondo perfora, hunde y cala  
la materia ideal, donde señala  
la creación su firme fundamento.

Desde el color caliente al gris profundo,  
buscando las entrañas de este mundo  
con un pincel de fuego mal herido,

has encontrado al fin de la jornada  
una sombra mortal, enamorada,  
que apartará tus nubes del olvido.

## *A Melchor Aracil, pintor de niños*

Del recatado mundo de tu mano  
nace una flor tendida en la terraza  
que vuela por el mar, o por la plaza,  
o por el monte cálido y cercano.

Es un niño, es un árbol muy enano,  
es una risa de ilusión que enlaza  
el azul de unos ojos, esa baza,  
ese bazar de nido tan humano.

Es Melchor Aracil el que pintaba  
a la luna creciente de la infancia  
con un rasgo de luz, tierno, infinito...

Parece que pintando los soñaba,  
dejaba la caricia de su estancia  
en la ausencia de un aire bien escrito.

## Recuerdo *del escultor alicantino Adrián Carrillo*

Siglos de sombras son las manos blandas  
que modelan la luz y dan al barro  
siglos de permanencia entre las piedras,  
símbolos de las ideas que se nutren  
del vergel sideral de la belleza.

Cálida tierra, singular arcilla,  
imagen modelada entre dos fuegos,  
metáfora sin sol, sólo la sangre,  
el corazón vibrando en cada golpe.

Tus manos, Adrián, bajo la sombra,  
iluminando blancas actitudes  
de estático mirar, de inquieta lumbre  
que arde en tu palabra apasionada.

Tus manos, tus palabras sembradoras,  
tu riguroso vuelo de persona  
que afirmando su ser, trabaja, esculpe,  
talla el silencio para darle música.

Queda en la piedra tu palabra impresa  
y en la sangre inmortal de los amores  
rueda tu corazón, la forma inquieta  
del escultor que has sido y has dejado  
sembrado por los hijos de tus hijos  
hasta la edad feliz,

la eterna fuente  
de donde emana el hombre cada día.

## *Elegía al héroe de los vencidos*

Amigo..., el mundo no comprende.  
¡Quién sabe si algún día,  
al sentir el fracaso de la empresa  
—la consecuencia amarga del fracaso—  
podrán aquilatar tu sacrificio!

Tú eras un joven pastor, o un carpintero,  
un albañil crecido en los andamios,  
un hombre que sudaba cada día  
la triste condición de la pobreza.

Tu historia era la misma que otros hombres  
contaban por la tarde en la taberna:  
del campo a la ciudad, del monte al llano,  
siempre esperando, siempre, la ventura  
de tener un hogar sin un casero  
que amenazara siempre, siempre, siempre  
privarte del calor de las paredes.

Tú eras...  
un hombre más entre los hombres todos,  
un vulgar peatón de los caminos  
incapaz de ofender a las hormigas  
que acuden a la fruta ya madura.

Pero un día sonó la luz hiriente  
de un disparo de pólvora homicida  
y al festín de la sangre concurrieron  
los corpulentos cuervos terrenales.

Te dijeron que el sol se oscurecía,  
que el mundo achicaría sus espacios  
y que la piedra viva pesaría  
sobre el vaivén vital de tus pulmones.

Te hablaron de banderas y de gloria,  
de un paraíso tierno de muchachos  
sin el amargo rictus de la envidia.

Tú no sabías nada, nada, nada,  
pero fuiste al campo, a la batalla,  
a luchar por la paz que te crecía  
como la yerbabuena, entre zarzales.

Fuiste de loma en loma, palmo a palmo  
disputando el terreno de tus padres,  
la labor de los hombres sin sonido  
que la movida tierra señalaba.

Compañero del árbol, centinela,  
recibías de pie múltiples balas  
y aguantabas la muerte, que quería  
destemplan la raíz de tu estatura.

En el sueño febril de los descansos  
se hombreaban tus hijos, y en sus manos  
brillaban las espigas a raudales  
y el ambiente aclaraba sus pupilas.

Tú no sabías nada, y una noche  
melancólica y gris, estéril, fría,  
sobre la nieve sucia de un camino  
tu sangre recorrió la última senda.

# Final del Infinito

*(Melopea)*



He nacido antagónico y sincero;  
voy contra viento y sal, contra marea;  
no tengo de las cosas una idea,  
sólo tengo un sentir por lo que quiero.

Contra corriente voy, y nunca espero  
que el favorable rumbo alce mi tea;  
no elijo el campo donde la pelea  
venga a favor de un cálculo primero.

A cuerpo limpio entrego lo que tengo  
y doy lo que me dan y no me guardo  
de la opinión del vulgo que me acecha.

Soy del camino y del camino vengo,  
inculto como un lobo o como un cardo,  
ciego como una flor, como una flecha.



Cada letra que escribo es una herida  
en mi sangre de hombre permanente,  
cada letra que escribo es una fuente  
de donde emana el tiempo de mi vida.

Cada instante que vivo se suicida  
dentro del corazón de la corriente  
de este tiempo transido y transparente  
de tanta confusión y tanta huida.

Cada palabra tiene su estatura  
de desnudez completa y absoluta  
en la estrella fugaz de cada día.

Tiene un sabor de cosa agria y dura,  
una aridez de piedra cruda, enjuta,  
donde resbala toda la alegría.

Siento un sabor a campo, a trigo, a trilla,  
a pan de corazón, a pan bendito,  
a templo donde el sol lanza su grito,  
donde la sombra guarda su semilla.

De la fruta en sazón a mi mejilla  
sube un olor a horno, a infinito,  
a heno consagrado por el rito  
de los hombres que doblan la rodilla.

La madurez en pleno me devora  
en un vital espasmo de hermosura  
hasta romper la sed que hay en mi pecho,

y el sudor de mi sangre da la hora  
en el campo voraz donde se apura  
el alma creadora en mi provecho.

Siempre será lo mismo, siempre ha sido  
igual este segundo que esta hora;  
todo se ofrece nuevo con la aurora,  
en el ocaso todo es repetido.

Es lo mismo vencer que ser vencido.  
El que escala la risa también llora.  
Morir es la balanza redentora  
que a todos nos envuelve en el olvido.

Siempre será lo mismo. Dios arriba  
y el hombre caminando paso a paso  
por un sendero hostil para su hombría.

Siempre será lo mismo. Mientras viva,  
una sangre sedienta de fracaso  
y un corazón hambriento de alegría.

A veces me despierto y me levanto  
con un poco de miedo en las arterias  
y me asombra de ver caras tan serias  
en cuerpos tan curados del espanto.

Había de ser un héroe, ser un santo  
para marchar desnudo por las ferias  
y declarar bien claro las miserias  
que nos abruman tanto, tanto y cuanto.

A veces el cobarde que se agita  
dentro del corazón de mi persona,  
se extraña de que el mundo no reviente,

y otras veces el alma necesita  
curarse de este amor que la emociona  
y se deja llevar por la corriente.

Me sellará el silencio con su grito.  
Nada he de responder a esta llamada.  
Todo ha de quedar como si nada  
pasara del final al infinito.

En el clamor antiguo donde habito  
ahogándome de sed por la mirada,  
un aluvión enorme, una estocada  
rubricará la sombra de mi escrito.

En la ciega señal de la espesura  
donde la voz se olvida de su trino  
y la paz se detiene, rumorosa,

he de sentir la lluvia de hermosura  
que no supe cantar por mi camino  
mientras iba pensando en otra cosa.



# Índice

---

---

	<u>Pág.</u>
<i>Prólogo y Guiñol de la vida</i> .....	7
<i>Mezcla</i> .....	37
<i>Elogios (Reseña de la fidelidad)</i> .....	51
<i>Elegías</i> .....	67
<i>Final del Infinito (Meloepa)</i> .....	85

---

---

# Libros publicados en esta colección

1. NADA ES DEL TODO, de Manuel Pinillos (1963)
2. PIEDRA VIVA, de José Albi (1963)
3. POEMAS DE LA INCOMUNICACION, de J. A. Rey (1964)
4. SOLO CIRCUNFERENCIA, de Miguel Luesma (1965)
5. LAS SONATAS, de José A. Labordeta (1965)
6. RAZA DE DIOS, de Mario A. Marrodán (1966)
7. POEMAS HABITABLES, de Mariano Anós (1966)
8. PRIMERAS PALABRAS, de Pedro Vergés (1966)
9. GENERACION DEL 65. Antología de la Facultad de Filosofía y Letras de Zaragoza (1967) (edición secuestrada)
10. DIALOGO INVERTEBRADO, de José María Calo (1969)
11. COMO UNA PROFECIA, de Luciano Gracia (1968)
12. LA PASION Y LA DUDA, de Angel Guinda (1972)
13. MOMENTOS, de Francisco J. Celma Delgado (1972)
14. POEMAS DEL FONDO, de Jesús de la Hoya (1973)
15. LA COLINA ETERNA, de Mariano Esquillor (1973)
16. POEMAS Y CANCIONES, de Carmen Fons y Enrique Carnicer (1973)
17. EL MAL SE DESESPERA, de Antonio Castro y Castro (1974)
18. CREACION POSIBLE, de Antonio Castro y Castro (1974)
19. PARENTESIS DE LA LLAMA, de Rosendo Tello (1975)
20. ESTUARIO, de José I. Ciordia (1975)
21. ROMA POR MI TIEMPO, de Antonio Castro y Castro (1975)
22. FOTOPOEMAS, de Mario Angel Marrodán (1975)
23. EL HOMBRE AMIGO MUNDO, de Emilio Gastón (1976)
24. Y COMO MEJOR PROCEDA DIGO, de Emilio Gastón (1976)
25. INSTINTO DE CONVERSACION, de José Luis Alegre Cudós (1976)
26. CONTRACANTO, de Carlos Alfaro (1976)
27. LA BARRERA FLUIDICA O PARIS ESCARABAJA, de Nivaria Tejera (1976)
28. ANALOGIA DEL ALBA, de Jesús de la Hoya (1977)
29. EL CUELLO CERCENADO, de Antonio F. Molina (1977) (edición especial ilustrada por el autor)
30. POEMAS EN LA ALDEA, de Antonio F. Molina (1977) (edición especial ilustrada por el autor)
31. PRONUNCIAMIENTO, de Emilio Gastón (1978)
32. CANCIONERO DE DOS MUNDOS, de José Antonio Rey del Corral (1978)
33. EL PROTAGONISTA DE LA FORTUNA SE REFLEJA EN SU RIO Y ENTONCES HABLA CONSIGO MISMO, de Arturo del Villar (1978)
34. AVILA POR MI TIEMPO, de Antonio Castro y Castro (1978)
35. HIJOS DE LA ARENA, de Encarnación Ferré (1979)
36. SONATA MILENARIA, de Abelardo Conde Chiné (1979)
37. NOTAS PARA LA PUERTA DE UN DORMITORIO, de Diana Gastón (1979)
38. MANDADME UN BESO DE SUEÑO A SUEÑO, de Diana Gastón (1980)
39. DESDE LA TORRE DE UN CONDENADO, de Mariano Esquillor (1981)
40. EL ESPIRITU, de Antonio Castro y Castro (1981)
41. PROTOCOLO JUBILAR, de Manuel Molina (1982)





Manu **T. GARCIA** nació en Orihuela (Alicante) en 1913. Fue estudiante, Capataz de Obras Públicas (caminos vecinales, carreteras provinciales) y Auxiliar Administrativo. Empleado en la Caja de Ahorros de Alicante y Murcia, al servicio de la Biblioteca «Gabriel Miró», de Alicante. Vivió su adolescencia, tanto física como lírica, entre los jóvenes poetas oriolanos, entre ellos, Carlos Fenoll y Miguel Hernández, que más tarde fueron sus amigos.

## BIBLIOGRAFIA DEL AUTOR

### POESIA

- Otoño adolescente.** Colección Leila. Alicante, 1943.
- Hombres a la deriva.** Colección Ifach. Alicante, 1950.
- Camino adelante.** Neblí. Madrid, 1953.
- Versos en la calle.** Silbo. Alicante, 1955.
- Poemas.** Don Alhambro. Universidad de Granada, 1958.
- El suceso.** Caleta. Cádiz, 1960.
- Mar del miedo.** Madrid, 1962.
- Coral de pueblo.** Publicaciones de la C.A.S.E. Alicante, 1968.
- Veinte sonetos tópicos.** Revista del I.D.E.A. Núm. 2. Alicante, 1969.
- Balada de la Vega Baja.** Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Málaga, 1970.
- La belleza y el fuego.** Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Málaga, 1972.
- Versos de la vida.** Calfarena. Málaga, 1977.

### PROSA (Memorias)

- Miguel Hernández y sus amigos de Orihuela.** Publicaciones de la Librería Anticuaria El Guadalhorce. Málaga, 1969.
- Amistad con Miguel Hernández.** Silbo. Alicante, 1971.
- Antología de la poesía alicantina.** Alicante, 1973.
- Miguel Hernández en Alicante.** (En colaboración con V. Ramos). Alicante, 1973.
- Un mito llamado Miguel.** Alicante, 1977.
- Paisajes y personajes mironianos.** Alicante, 1979.

### PROSA (Ensayo)

- Antología de la Poesía alicantina actual (1940-1972).** Publicaciones de la C.A.P. Alicante, 1973.

## REVISTAS Y COLECCIONES FUNDADAS

- Arte joven,** 1940. **Intimidad poética,** 1943. **Leila,** 1943. **Sigüenza,** 1945. **Verbo,** 1946. **Ifach,** 1949. **Bernia,** 1951.

## ESTUDIOS Y RESEÑAS

- Sin firma: **Hombres a la deriva,** «ABC», 16/1/51.
- Sin firma: **Reseña de Hombres a la deriva,** en «Índice», Madrid, 1951.
- Salvador Gómez Brufal: **Versos en la calle,** en «Sábado», Semanario de Alicante, 4/11/52.
- María de Gracia Ifach: **Hombres a la deriva,** en «Las Provincias», 27/2/51.
- Leopoldo de Luis: **Hombres a la deriva,** en «Insula», núm. 63, 15/3/51.
- Jacinto López Gorgé: **Referencia a Hombres a la deriva.** «Marruecos», Melilla, 9/9/51.
- Celia Viñas Olivella: **Referencia a Hombres a la deriva.** «Yugo», Almería, 19/3/52.
- Dámaso Santos: **Camino adelante.** Inf. 25/9/53.
- Sin firma: **Camino adelante.** en «Insula», núm. 94, octubre 1953.
- Sin firma: **Versos en la calle.** en «Linares», núm. 64, octubre 1956.
- Ernesto Contreras: **El suceso.** Inf., 5/3/61.
- José Vicente Mateo: **Referencia a El suceso,** en «La Marina», Semanario de la Costa Blanca, 8-4-1961.
- Rafael Azuar: **Reseña de Coral de pueblo,** en «Primera Página», Alicante, 11-10-68.
- Antonio Revert Cotes-Jordi Valor: **Reseña de Coral de Pueblo,** en «Ciudad de Alcoy», 1969.
- Rafael Morales: **Reseña de Coral de Pueblo,** en «Arriba», Madrid, 13-7-69.
- Alfonso Martínez Mena: **Reseña de Coral de Pueblo,** en «S.P.», Madrid, 22-1-69.
- José Rodríguez Cánovas: **Reseña de Coral de Pueblo,** en «Noticario de Cartagena», 1969.
- Francisco Lucio: **Reseña de Coral de Pueblo,** «Poesía Española», segunda época, núm. 194.
- Vicente Ramos: **Reseña de Sonetos tópicos,** en «LV», 5/4/70.
- Vicente Ramos: **Balada de la Vega Baja,** «LV», 8/9/1970.
- N. de L. (Vicente Martínez Morellá): **La belleza y el fuego,** «LV», 3/7/1973.
- José Guillén: **Prólogo al libro Amistad con Miguel Hernández.**
- Idem: **La poesía en la Vega Baja del Segura.** II Asamblea Comarcal de Escritores. Orihuela, 1972. IDEA, 1974.
- Idem: **Antología de la poesía alicantina,** enero 1973.
- Jacinto López Gorgé: **Reseña a Amistad con Miguel Hernández.** La Estafeta literaria, Madrid, 1971.
- María Fe Gracia Ifach: **Comentarios en «Insula».**
- Miguel Angel Cuevas: **Comentario-estudio a Versos de la vista,** en I.E.A. año 1977.
- Antonio Gracia: **Estudio al poema Oda a los falsos,** en la revista de Estudios Alicantinos.